

## AGRADECIMIENTOS

El Chico Malo está inspirado en “The Mad Hatter” de Zach Bush.

“The New Polution” es una canción de Beck editada en el disco “Odelay” de 1996.

<http://www.facebook.com/noel.valle.750>

<http://www.pandolina@hotmail.es>

**N**o me gustaría nada pasar unas vacaciones en Felguerczka. Todo en ella es arena y piedras, y también un fangoapestoso al que llaman río. Los colonos se dedican a la minería de astaczik y a pescar esa especie de rayas volantes llenas de babas. Miro a mi alrededor y, de verdad, no encuentro ni una sola cosa que valga la pena, pero tengo que ganarme la vida como cualquier hijo de vecino, por eso estoy aquí. Mi nombre es Al Dovenciaux, aunque los bichos raros de la Corporación me llaman, por pura envidia, "El Chico Malo". Yo, en cambio, prefiero "Espantapájaros", que es como se refiere a mí la pobre Abuelita cuando me habla desde dentro de mi cabeza.

Mientras me siento en lo alto de este tejado, los Administradores de Voluntad Pública ya deben de estar chamuscando la vieja fontanería de Menguelczik y Orteczik, asociados. Una buena redada es lo único que ahora puede salvar a ese dúo horripilante. Deberían haberlos espachurrado los escombros de su propio laboratorio clandestino, pero ya se lo dice Abuelita al Espantapájaros: "Mala hierba nunca muere".

También es verdad que, de haberles pasado tal cosa, el Espantapájaros nunca se hubiese dejado caer por aquí.

Porque ellos fueron quienes me hicieron venir de muy lejos a su tienda llena de tuberías podridas, tornillos oxidados y chatarra. Lo repintaban todo, lo vendían luego como material de primera calidad a los contratistas y así conseguían ganar mucho dinero. Gente así son malas compañías, ya lo sé, pero, en el fondo, a mí no me querían para engañar a nadie. Llamaron al Chico Malo para hablar de negocios, aunque antes tenían que enseñarle su dichosa fontanería, claro, porque los dos estaban muy orgullosos de ella.

— ¡Polimeczik plásticzik! ¡He aquí la pieza fundamental de la nueva arquitectura! —Iba diciendo el más pequeño de los dos mientras le daba palmadas a una tubería de plástico recién barnizada— ¿Se está planteando usted reformar toda la instalación sanitaria de su hogar, querido amigo? ¡Pues no se lo piense más! ¡Hacemos un descuento del 20% por cada diez metros de cañería!

Iba yo a rechazar su generosa oferta cuando el más alto me interrumpió con un graznido agudo y cascado.

—Estimado socio —le dijo al más bajito—, hemos hecho venir al caballerczik desde muy lejos por un asunto apremiante. Deberíamos tratarlo con él mientras las circunstancias lo permitan.

Molesto, el gordo se acarició el fino y largo bigotillo bajo su torcida nariz puntiaguda. Parecía una arrugada calabaza vestida de frac y con un alto sombrero de copa.

—Supongo que es cierto —admitió de mala gana, luego miró al Chico Malo con sus brillantes ojillos negros y maliciosos—. ¿Qué sabe usted del replicado de humanos?

Me encogí de hombros. Yo mismo soy una réplica humana, pero nunca pregunté a nadie desde cuándo ni por qué.

—Sé que desde hace poco es ilegal —respondí—, y que ustedes dos se dedican a ello y venden sus réplicas en el mercado negro. Pero yo no juzgo a la gente, no señor. Nadie puede tirar la primera piedra.

La redonda cabeza del doctor giró sin cuello sobre una negra corbata de lazo.

—Pero no todas las réplicas tienen el mismo valor, como es natural —dijo—. Hay mapas genéticos y pautas cerebrales muy especiales. Ello implica también que son muy raras, y lo digo sin ánimo de ofender.

Despedía un intenso olor a humo, como si le hubieran sacado hacía poco de una barbacoa. De hecho, los dos estaban muy tensos y sudorosos. O bien acababan de salir por los pelos de algún buen lío o estaban a punto de meterse en uno. Fijarse en esos detalles es muy importante en la profesión del Chico Malo.

— ¡Y uno raro es muy buena inversión! —Intervino el larguirucho— ¡Se puede utilizar para muchas cosas!

Yo sabía muy bien de qué tipo de “cosas” me hablaba aquel tipo cuyo cráneo parecía un sombrero de copa hecho de bronce pálido. Ya que la Ley impedía que los humanos se usasen como dóciles mascotas obedientes —algo para lo que resultaban ideales—, se iba imponiendo la moda de hacerlos luchar entre ellos hasta la muerte en peleas ilegales que movían grandes cantidades en apuestas. Era, sin duda, un buen motivo para haberme hecho venir hasta Felguerczka.

Miré al larguirucho. Sus negros ojillos resplandecían entre su abultada nariz de patata y el pronunciado entrecejo. Su sonrisa era un deforme buzón salpicado al azar de dientes anchos y podridos. Estaba claro que él y su redondo socio creían estar ante la oportunidad de sus vidas. De algún modo —turbio, sin duda, y quizá por casualidad— había caído en sus manos de cuatro dedos el mapa genético de una “*Diferente*”, que es como suele llamarse a aquellos humanos dotados de algún don impropio de su especie. Por lo general resulta que el humano en cuestión es un inválido incapaz de defenderse en el nuevo mundo, pero a veces, en cambio, aparece alguien que mueve objetos con su pensamiento y cosas por el estilo. Tener el material para replicar a un “*Diferente*” es, por decirlo así, como un boleto de lotería. Si te toca el gordo, has pillado un buen filón en las peleas, uno bueno de verdad.

Aquellos dos degenerados habían dado con uno de esos boletos y, por lo visto, estaban decididos a jugárselo todo en él.

—Bien —dije—, ¿hablamos de algo que tengo que proteger o de algo con lo que me tengo que *hacer*?

—Digamos que tenía que protegerlo —respondió el gordo bajito—, pero ahora, por un imprevisto, la situación ha cambiado.

Sus grandes orejotas se sacudieron para espantar a una molesta moczka. La arrojó hacia mí y yo la aplasté en el aire.

—Verá, la teníamos en nuestro laboratorio, un laboratorio precioso... con docenas de modelos estándar a los que solo añadir los pequeños detalles de los mapas genéticos y las pautas cerebrales, ya sabe... por la técnica habitual del bombardeo —explicó como queriendo dar pena—, pero todo salió mal: un traidor hijo de mala maczka nos cambió las pautas cerebrales de la humana por otras y con ellas bombardeamos el cuerpo sumergido en el agua, ya replicado según el mapa del individuo y preparado para reimplantarle su mente original...

—Lo descubrimos después del primer bombardeo y sacamos al cuerpo del tanque de replicación —intervino el larguirucho—. Insertamos las pautas cerebrales adecuadas para repetir la operación, pero, entonces...

—Entonces apareció una puczka Administradora de Voluntad Pública —prosiguió el bajito con su voz grave y profunda llena de odio—. Una tal Eleutheczka Artemczka. Llevaba detrás de nosotros mucho tiempo.

—Intentamos convencerla por los medios convencionales —dijo el larguirucho—, pero no atendía a razones crediticias.

Esas son las peores, pensó el Chico Malo: las hembras que no se dejan sobornar con créditos. Con ellas no hay manera: se les mete una idea en la cabeza y no paran hasta que la llevan a cabo. Son una auténtica almorrana en la vida del honrado delincuente.

— ¿Y qué pasó después? —Pregunté. La historia empezaba a interesar al Chico Malo.

—Forcejeó con Manolczik —explicó el gordo, señalando a su feo y estirado socio—, hasta que él consiguió zafarse y ella cayó en el tanque de replicación. El proceso ya estaba en marcha, así que yo no pude detenerlo...

—La Administradora cayó al estanque —añadió el larguirucho—, las pautas cerebrales de la humana bombardearon el agua y el sistema se colapsó.

—Imagínese —me dijo el gordo, muy compungido—, una mente completa chocó contra otra que buscaba un cuerpo donde instalarse. La energía resultante de la colisión sobrecargó los circuitos de nuestro aparato de replicación y, en consecuencia...

—El laboratorio entero saltó por los aires —se lamentó el larguirucho—, el cuerpo de la humana huyó con la mente que no era la suya, y la Administradora, en fin...

—Si ha sobrevivido, ahora tendrá la mente de la humana Rita Maid —concluyó el gordo— Un desdichado accidente.

Una chapuza, mejor dicho. Un solo vistazo a su almacén de “suministros de red sanitaria” dejaba claro que las chapuzas eran la especialidad de aquellos dos desgraciados.

—La idea era que usted escoltara a la réplica hasta un lugar seguro —prosiguió Menguelczik—, pero ahora... todo se nos ha complicado notablemente, podríamos decir.

—Sea como sea —les dije— ya hay unos cuantos gastos que tienen que cubrir, me refiero al viaje, alojamiento, dietas... más el precio de la salida en si misma. Les va a salir por un riñón, así que les aconsejo que procuren darle algún uso a mis servicios.

El larguirucho se me acercó con expresión siniestra. Sus dedos se retorcieron en el aire como una araña patas arriba.

— ¡Las queremos! —Susurró— ¡A las dos! ¡Una tiene el cuerpo y la otra la mente! ¡Debemos volver a juntarlas! ¿Comprende?

Menguelczik apartó a Orteczik con gesto mediador.

—Déjeme explicarle —me dijo—: lo que hace a esa humana “*Diferente*” está en su mapa genético, por lo tanto lo tiene *su cuerpo*, podríamos decir. Sin embargo, “*su mente*” sabe lo que es y cómo activarlo. Uno sería el gatillo y la otra el dedo que ha de apretarlo, si le sirve la analogía.

—Creo que sí —asentí—. Debo capturarlas a las dos.

— ¡En efecto!—Convino el gordo con entusiasmo— ¡A quien posee el cuerpo de Rita Maid y a quien posee su mente! ¡Nos habían dicho que era usted un humano muy listo, y me alegra ver que estaban en lo cierto!

—Y cuando yo se las traiga, ¿qué harán con ellas?

Menguelczik retrocedió, como si la respuesta fuera evidente.

—Pues matarlas —replicó—. ¡Es la única manera de obtener las pautas cerebrales! ¿No lo recuerda? ¡Es lo que hicieron con ustedes en la Tierra! ¡Les mataron y, en el proceso, les extrajeron su mente para codificarla en pequeñas tarjetas de memoria que luego lanzaron al espacio junto a los mapas genéticos de sus cuerpos!

El Espantapájaros había oído algo al respecto, pero no le gustaba pensar en ello. Le hacía ser antisocial.

El Chico Malo lo pensó un rato mientras dos caras de comadreja y calabaza le contemplaban ansiosas. Le atraía el asunto sin saber muy bien por qué. Parecía un trabajo muy interesante, diferente al menos, y con posibilidades para el futuro. Como la Abuelita le suele decir al Espantapájaros: “La Ocasión se pilla por los pelos”.

Por cierto, justo ahora, esos dos corazones que Eleutheczka Artemczka aún considera suyos deben estar empezando a fallar. Va a cabrearse mucho cuando comprenda que la vida la abandona justo cuando ya tenía al doctor Menguelczik —y a Orteczik, asociado— en sus manos. Es lista, así que quizá relacione su repentino infarto con *ese escozor que siente en el cuello, pero ya será demasiado tarde*. Ha hecho justo lo que yo quería que hiciese dejando a ese par de fontaneros fuera de combate. A partir de ahora la necesito *muerta*.

Pero, antes de eso, pasaron muchas otras cosas...

Como el que yo aceptase el encargo de Menguelczik y su estirado socio y, tras recibir de ellos toda la información que necesitaba, el deslizarme por entre las chabolas de latón de la colonia hacia el edificio con forma de tortuga que me indicaron. Atravesé un pequeño puente para cruzar la negra corriente de lodos que los felguerczek llaman río y me detuve sobre él cuando una enorme sombra cubrió a todo el barrio. Entonces, miré hacia arriba.



Justo encima del Espantapájaros, iluminada por la luz azul de Neptunczik, flotaba la gigantesca isla de la Ciudadela Volante. Media docena de dirigibles revoloteaban a su alrededor mientras levaba en silencio las cuatro inmensas anclas de hierro. Se marchaba la sede del Gobierno. Apenas había estado allí arriba tres o cuatro horas después del toque de queda para que nadie la viese, pero su simple presencia daba a entender cosas muy importantes. La Ciudadela es como un imán que solo acude atraído por grandes cantidades de crédito, lo que en la Tierra llamábamos dinero, pero que en la C.C.C.B. se refiere a todo cuanto se pueda convertir en números, números con muchos ceros con los que medir el valor de las cosas.

Es una forma de actuar que el Espantapájaros sabe lo mal que acaba: la propia Abuelita decidió matarme para extraer mis pautas mentales y enviarlas al espacio dentro de una esfera metálica de un metro de diámetro. Pero cuando ella les permitió meterme el ácido prúsico por la nariz lo hacía por mi bien. ¿Qué culpa tenía la pobrecita? Desde luego, el hecho de que puedas meter una papeleta en una urna de cristal cada cuatro años no te hace responsable de que tu planeta se vuelva inhabitable. Es de tontos pensar eso.

Me arrimé al edificio con forma de tortuga. El Chico Malo es muy sigiloso mientras que, por lo general, los extraterrestres se mueven como un elefante en una cacharrería. Esa es una más de las muchas ventajas que tenemos sobre ellos.

Pero ellos no tienen la culpa. Antes de que llegáramos los humanos, la Corporación era la única que usaba la fuerza, así que no había motivos para andarse con disimulos. Ahora, sin embargo, en seguida vi a los Homicidas moviéndose con mucha cautela. Como soy humano, los Homicidas me dan repelús. Son de los que disparan primero y preguntan después, y con cañones que no son de juguete, además. Llevan cartuchos de plasma que te hacen estallar desde dentro, en cachitos tan pequeños que ni siquiera son reconocibles, y también llevan granadas al viejo estilo, de las que se emplean solo para la demolición a una escala, digamos, considerable. Pero lo más chungo es que les encanta usarlas. Los que vi en Felguerczka fueron fieles a su estilo, es decir: demolieron una pared y entraron por ella a saco. Les habían hablado de una presa fácil, sin duda, y estaban deseando chamuscarla. Pero, entonces, lo que parecía una rutinaria redada se les torció de un modo catastrófico.

Un estallido de luz blanca salió del pequeño ventanuco de lo que, según los fontaneros me habían dicho, era la sala de calderas de aquel feo edificio. Podría haber sido una foto hecha con veinte mil flashes a la vez, pero no, era algo mucho peor. De hecho, era algo *físico*, porque la pared norte saltó hecha pedazos con unos cuantos Homicidas mezdados entre los escombros. En cuanto lo vi, supe el origen de tal pepinazo: un Fuerza Bruta con ojos implantados. De inmediato me protegí los ojos con el antebrazo. Algo así es capaz de cegarte durante una hora o más, depende del tiempo de exposición.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

